

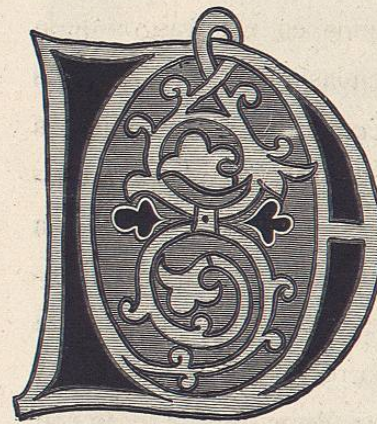
San Gall. Al despedirse el malicioso abad dijo al oído del maestro de Eduvigis: «Dichoso tú, que puedes enseñar la gramática á una discípula tan hermosa». A lo cual contestó sin vacilar Ekkehardo: «Y tú, oh santo del Señor, ¿no enseñaste también por ventura la dialéctica á tu querida discípula la hermosa monja Gotelinda?» Y así diciendo alejóse á la carrera. Bien vemos que estos monjes del siglo x eran algo aficionados á bromas. La severa duquesa, que no tenía nada de sensible, puesto que siempre estaba dispuesta á desollar á su gente á palos cuando cometía la más leve falta, envió más tarde á su maestro con eficaces recomendaciones á la corte imperial donde «El Palaciego» alcanzó una elevada posición, llegando á ser maestro de Oton II. La «terrible» señora murió en 994 á una edad muy avanzada, dándosele sepultura en la iglesia del convento de Reichenau.

Gerberga, hermana de Eduvigis, era abadesa del convento de monjas de Gandersheim, en el Harz, fundado por Hadumoda, hermana de Oton el Ilustre; y entre las hermanas hallábase también aquella Roswitha, mejor dicho Hrotsuith, cuya existencia y carácter de escritora ha puesto en duda la crítica moderna, pero que por lo pronto debe considerarse como personaje histórico, es decir como una figura característica en la historia de la civilización, puesto que esta monja del convento de Gandersheim fué la primera escritora alemana. Hallándose á la altura de la instrucción de aquella época, poseía perfectamente el latín y tenía facilidad en hacer versos; pero solo consagró su fecunda pluma á los asuntos religiosos y de instrucción recreativa. No puede negarse que tenía mucho talento, mas también observamos en ella rasgos de la moderna pedantería de las marisabidillas. Esta monja escribía leyendas en verso sobre los santos, describía del mismo modo la fundación de su convento, y obedeciendo á una orden de la abadesa Gerberga, compuso un poema, más bien histórico que heroico, cantando las hazañas de Oton el Grande: le terminó en 968, y puede considerarse en rigor como una fuente histórica. Sin embargo, ha dejado un recuerdo más imperecedero por sus seis comedias, si tal podemos llamar á estos primeros ensayos, hechos en territorio alemán, de la poesía dramática. Las piezas de Roswitha son leyendas dialogadas, escritas siempre con tendencia recreativa y religiosa, y sin más objeto que poner de relieve la ciega fé que en los milagros tenían los hombres de aquella época: traslúcese muy bien en esas composiciones la marcada intención de censurar y sustituirse al «frívolo autor dramático romano Terencio, demasiado favorecido aún por los cristianos». Sin embargo, nuestra devota monja ha competido valerosamente con el bueno de Terencio en la elección de asuntos espinosos y delicados, con la sola diferencia de que procuraba desarrollarlos ascéticamente, sin usar por eso de un lenguaje demasiado casto. ¡Lástima que no sepamos si estos dramas monacales llegaron á representarse, cosa que tal vez no fuera imposible! ¿Quién sabe si las monjas de Gandersheim intentaron poner en escena dramas morales cuyo latín era bastante conocido de todas las hermanas? Como quiera que sea, podemos atrevernos á suponer que Roswitha no ha escrito sus «comedias» para tenerlas encerradas en su pupitre, sino para darlas á conocer á la comunidad; más de una larga noche de invierno las hermanas de Gandersheim se habrán divertido en el refectorio haciendo recitar á la poetisa las comedias *Dulcitas*, *Paphnutus* ó *Sapientia*.



IV

ÉPOCA DE LOS ENRIQUES



HEMOS dicho ya que la primera tentativa para transformar el imperio alemán electivo en hereditario se había estrellado á consecuencia de la extinción de la dinastía sajona; pero la insistencia con que aquellas se repitieron, nos demuestra sin embargo claramente que el recto juicio de los alemanes, así como el de los pueblos vecinos se fijaba en la fundación y consolidación de la monarquía hereditaria, cuya forma política en aquel tiempo, es decir á principios de la Edad media, era la única que garantizaba la posibilidad de obtener condiciones de orden necesarias para una civilización progresiva. A decir verdad, no parece sino que la misma naturaleza, negando una larga vida á nuestras antiguas casas reales, se oponía á la fundación de una monarquía hereditaria entre los alemanes, y de consiguiente á la constitución de un fuerte Estado nacional. Sin embargo, no será difícil probar que el principal obstáculo moral para la fundación y consolidación de un Estado alemán nacional, es decir, la funesta ilusión del imperio romano alemán, ha producido en aquellos antiguos reyes que sin cesar corrieron tras el desdichado fantasma, el efecto de una degeneración física.

Entre tanto la nación, es decir el clero superior, los arzobispos, obispos y abades, y la alta y baja nobleza, duques, condes y barones (libres comunes) habíanse reunido después de la muerte de Enrique II á fin de hacer otra vez uso de su derecho de elección para nombrar sucesor al trono. A principios del otoño de 1024 efectuóse á orillas del hermoso Rin, arteria principal de la vida política y religiosa de nuestros antepasados, la elección de un nuevo rey. En el ancho valle del río, entre Worms y Maguncia, los príncipes eclesiásticos y seculares, con sus séquitos,

habian establecido sus campamentos; en la orilla izquierda los de la Franconia Romana y de Lorena, y en la derecha los de la Franconia oriental, de Suabia, Baviera y Sajonia. Mucho tiempo duraron las negociaciones de la eleccion, hasta que al fin la opinion pública se decidió en favor de los Conrados, primos, pertenecientes á la casa Francona de los Conradinos, y emparentandos con la dinastía Sajona. Los dos pretendientes se pusieron de acuerdo, de modo que el más jóven renunció en favor del mayor, que fué elegido rey por los príncipes y llevado en triunfo á Maguncia, donde el arzobispo Aribó le ungió y coronó en la catedral ante el altar mayor.

El rey Conrado II, hombre de estatura imponente, renano el más fogoso, enérgico y apasionado que jamás pisó las orillas del hermoso Rhin, iba acompañado de una digna esposa, la bella y prudente reina Gisela, viuda del duque Ernesto de Suabia y madre de un hijo del mismo nombre, mujer que igualaba en instruccion á Eduvigis del Honhentwiel, y que como ésta, era amiga de los sabios monjes de San Gall. Sus más célebres contemporáneos la consideran como la más ilustre de su época; pero su falsa posicion como esposa del rey Conrado y madre del duque Ernesto ocasionó amargos disgustos; pues el rey, queriendo, con justicia, fortalecer el poder real, hallóse pronto en lucha con los intereses particulares de los príncipes. Desgraciadamente, éstos no recordaron nunca el principio de la unidad nacional, excepto cuando sus necesidades y compromisos les acosaban de cerca, y nunca vacilaron en sacrificar la seguridad y bienestar de su patria al engrandecimiento de sus casas, sin dejar de repetir al mismo tiempo de continuo la sagrada palabra libertad, precisamente cuando hacian traicion al país. Hé aquí porqué desde los días de Segesto hasta los de los príncipes de la Confederacion Renana las palabras «libertad alemana» en boca de aquellos príncipes, fué siempre una fórmula para disimular la «traicion á la patria». La justicia histórica debe admitir en su favor, sin embargo, una circunstancia atenuante, y es que los reyes alemanes les daban siempre el mal ejemplo. Tambien aquellos tenian, en su concepto, un interés superior al nacional: ante todo les preocupaba el fantasma del imperio romano; despues la existencia de Alemania. Un hombre de talento verdaderamente práctico, y cuyas opiniones eran tan en alto grado realistas, no contento con ser un verdadero rey aleman, quiso á su vez llevar á cabo la consabida «expedicion á Roma»; subyugó una vez más la Italia al «imperio» y se hizo coronar por el papa Juan XIX en Roma (1027) en una brillante asamblea, á la que asistieron tambien los reyes Rodolfo de Borgoña y Knud de Dinamarca.

Al volver el emperador vióse obligado á poner algun orden en los asuntos de Alemania, lo cual no era cosa fácil, tanto más, cuanto que las disputas con su hijastro Ernesto de Suabia llegaron á tener un desenlace trágico. Habia en esta cuestion un fondo de fidelidad que debia arraigar en el corazon del pueblo, lo cual explica que mas tarde el espíritu romántico de la Edad media convirtiese al desgraciado duque de los suabos en héroe favorito de sus fábulas. Segun refiere la historia, el rey Conrado deseaba, en el caso de que Rodolfo de Borgoña muriese sin hijos, adquirir este país para el imperio aleman; pero su hijastro Ernesto exigía para sí la herencia borgoñona, fundándose en su parentesco. Para realizar sus pretensiones púsose en relacion con varios príncipes alemanes, y con el rey Roberto de Francia, proyectando varias veces levantar la bandera de la rebelion contra el jefe del imperio. En su segunda



MUERTE DE ERNESTO DE SUABIA Y WERNER DE KIBURGO

tentativa llamó á sus vasallos á Ulma; pero todos le abandonaron porque, segun dijeron, sus obligaciones para con el emperador y el imperio se anteponian á las que pudiera imponerle su señor feudal; sólo uno, el conde Werner (Wecilo ó el Wernercito) de Kiburgo, mantúvose fiel á su duque. En tales circunstancias, Ernesto se vió precisado á someterse al emperador, su padrastro, y éste encerró al rebelde en el Gibichenstein, á orillas del Saale. Werner defendió por espacio de tres meses su castillo de Kiburgo, cerca de Winterthur, contra el ejército de Conrado; y cuando, despues de correr graves peligros, pudo escapar de las manos de sus perseguidores, anduvo errante y proscrito por el país. A ruegos de su madre, Gisela, Ernesto obtuvo la libertad; y llegada la Pascua de 1030 el emperador le llamó á su palacio de Ingelheim para notificarle que volveria á ponerle en posesion del ducado de Suabia bajo la condicion de abandonar á Werner y perseguir con todas sus fuerzas al proscrito, como enemigo del imperio. Pero Ernesto contestó indignado: «¿Debo abandonar, pues, al único amigo que me ha sido fiel? ¡Nunca! ¡no dejaré á Werner!» Y dichas estas palabras alejóse de la corte, obstinado en su propósito. A consecuencia de esto, el emperador despojó para siempre á su hijastro del ducado de Suabia, desterróle como enemigo del imperio y le hizo excomulgar por los obispos presentes. Así dos veces proscrito, sin hogar y sin fortuna, Ernesto no tuvo más apoyo que su fiel amigo Werner, en cuya compañía huyó á la corte del conde Otto de Champaña, con la esperanza de que éste le prestaria auxilio. Desengañados ambos proscritos, volvieron á la otra orilla del Rhin y ocultáronse en la Selva Negra, donde se les agregó un grupo de compañeros desesperados. Con este auxilio pudieron apoderarse del Falkenstein, castillo construido sobre una mole de peñascos á corta distancia de Wolfach, donde sólo les fué dado prolongar su mísera existencia, entregándose al robo á mano armada, hasta que los encargados de hacer cumplir la condena imperial, mandados por el conde Mangold de Peringen, se dirigieron contra el Falkenstein para bloquear el castillo. A fin de no perecer de hambre, los amigos abandonan la fortaleza, saliendo con su gente de la Selva Negra en direccion á la llanura del Baar; pero aquí se encuentran de improviso con la fuerza de Mangold, y ambas huestes traban la lucha con el valor y la furia de los antiguos teutones. Uno junto á otro, Ernesto y Werner pelean contra sus adversarios, y ambos amigos reciben la muerte conservándose fieles hasta el postrer aliento; pero tambien el jefe de las fuerzas imperiales, Mangold, queda tendido sin vida en el campo de batalla.

Largo tiempo circularon en nuestro pueblo romances en que se describia la muerte de estos dos amigos, y ocho siglos despues del encarnizado combate trabado en la llanura del Baar, uno de los más ilustres hombres de la época, Ludovico Uhland, eligiendo el asunto de la antigua tradicion de aquellos amigos fieles hasta la muerte, escribió una hermosa tragedia. Con la libertad que se concede al poeta, y para que el drama tuviera un desenlace conciliador, Uhland, despues de haberse cumplido los destinos de todos, presenta al emperador y la emperatriz en el campo de batalla, donde la desgraciada madre dirige al soberano las siguientes palabras: «¡Oh emperador! Las generaciones futuras se asombrarán al oír hablar de tu poderío y de la energía con que reinabas; pero muchos corazones se conmoverán cuando se recite ó cante la triste historia del duque Ernesto y su amigo Werner.»

Cierto que Conrado reinó con energía y que debemos considerar á este salio-franco como

uno de los mejores soberanos nacidos en nuestra patria, pues así como en el exterior hizo conocer al esclavismo la superioridad germana en Bohemia y Polonia, del mismo modo en el interior hizo prevalecer el derecho del Estado sobre la Iglesia, á la cual sometió enérgicamente bajo su mano, creando y destituyendo á su antojo obispos y abades. El emperador realista, oponiéndose á las pretensiones jerárquicas, mantúvose fiel al principio de que los asuntos mundanos deben resolverse con arreglo á lo que exige la realidad. Despues de la muerte de Rodolfo de Borgoña, y en cumplimiento de un contrato que con él habia celebrado, el emperador se hizo coronar en Peterlingen (1033) rey de Borgoña, anexionando así aquel país al imperio; pero este aumento de territorio sólo fué beneficioso y prudente por el hecho de que, á consecuencia de él, la Suiza germana-alemana, que geográficamente pertenecia al imperio, se unió entónces á él políticamente; miéntras que el resto de Borgoña, como país romano por su origen, debia oponerse á su anexion al imperio. Conrado trabajó con tenaz perseverancia para que el poder real é imperial fuese hereditario en sus sucesores, y en este sentido favoreció á la baja nobleza á costa de la alta, facilitando á la primera todos los medios para que pudiera convertir en hereditarios sus «beneficios», es decir, sus bienes feudales. Y supo hacerlo de tal manera, que ya en vida suya los grandes de Alemania eligieron é instituyeron como sucesor á su hijo Enrique, habido con Gisela.

En la Pascua de 1028 el arzobispo de Colonia ungió y coronó al príncipe, que apénas habia cumplido los once años, en la catedral de Aquisgran, dándole el título de «rey de los alemanes» que se conservó en adelante para los sucesores electos y ungidos de los emperadores romano-alemanes.

Once años despues, y muerto ya su padre, Enrique III empuñó las riendas del gobierno, cumpliendo con sus deberes gloriosamente, así en el interior como en el exterior, tanto más, cuanto que habia recibido de aquél una esmerada educacion militar y política, á la cual agregó su madre una sólida instruccion científica. Enrique III fué el verdadero soberano de su época, pues volvió á someter á los bohemios rebeldes, y obligó temporalmente á Hungría á ser tributaria de Alemania. En las orillas del Danubio extendió las fronteras alemanas hasta el Leith, otorgando á Luitpoldo de Babenberg el margraviato de Austria. Más tarde, en tiempo de Federico Barbaroja, Enrique Yasomirgott, descendiente de la casa de los Babenbergs, convirtió este margraviato en ducado hereditario. Enrique III, hombre de genio, comprendió muy bien que el poder espiritual volveria á recobrar la superioridad sobre el temporal, y que este último no bastaria por sí solo para contrarrestarle, lo cual explica la espontaneidad y hasta el entusiasmo, por no decir la pasion, con que el emperador acogió y favoreció un movimiento organizado en el célebre convento de Cluny, en Borgoña, por el cual se anunció á los pueblos que sólo en el ejercicio riguroso del ascetismo cristiano se podria buscar y encontrar una salvacion contra los terribles males de la época, contra el despotismo, el hambre y la peste. La idea ascética de reforma concebida en Cluny hubo de producir tambien sus efectos exteriormente, uno de los cuales fué la llamada «tregua de Dios» (*tregua Dei*) recomendada por aquel convento, pero que en realidad recordaba una primitiva costumbre del paganismo germano. Proyecto fué muy laudable imponer á las rudas pasiones del siglo XI un freno religioso, reprimiendo la salvaje inclinacion á las pependencias y al robo, que se procuraba disfrazar proclamando el